**El Principio - Misericordia**

 Bajar de la cruz a los hombres y pueblos crucificados

    En primer lugar quiero decir que el título de esta ponencia está tomado del libro de un conocido jesuita, J. Sobrino, de la Universidad de El Salvador, uno de los teólogos más activos y notables de la Teología de la Liberación.

   Comparte que  el verdadero signo de los tiempos es la tragedia de estos pueblos que están muriendo de hambre, son victima de la injusticia , la desigualdad y la falta de libertad y para hacernos ver que la única postura humana y cristiana es bajarlos de la cruz.

Para ello son importantes tres cosas:

    Primero, contribuir a que no sigamos viviendo en la ignorancia, no siga en el adormecimiento ante esta realidad de finales de siglo: los pueblos crucificados.

    Segundo, mostrar la necesidad más urgente, en el planeta tierra, la necesidad de misericordia ante estos hombres y mujeres crucificados, ante una tierra desolada y maltratada.  Porque es la única manera de ser humanos y de ser cristianos. La única manera de ser humanos es vivir desde el principio-Misericordia.

    Sobrino definitivamente en su libro, El Principio Misericordia lo que quiere es provocar una reacción que nos lleve a mirar cara a cara a los pueblos que mueren de hambre, a los empobrecidos en nuestros países.

    **El principio-Misericordia**

    Lo primero, a mi juicio, es entender bien qué se quiere decir con esa terminología, que ha puesto en curso precisamente J. Sobrino.

    El lenguaje de la misericordia puede ser ambiguo, incluso peligroso, porque, en primer lugar es una palabra que no está de moda y que puede sugerir además, como en más de una ocasión ha ocurrido, el sentimiento de compasión; la persona que tiene un corazón sensible, compasivo, es una persona misericordiosa, pero podríamos poner sólo ahí la fuerza del sentimiento, quizás sin marcar mucho más el comportamiento, el compromiso, etc.

    También puede quedar reducido a "hacer obras de misericordia", las que aprendíamos de memoria según las decía el catecismo, pero sin abordar las causas del sufrimiento de las personas.

    Asimismo puede entenderse la misericordia como aliviar a las personas necesitadas, pero sin pensar en transformar las causas, lo que está en la raíz de su sufrimiento.

    Por todo eso J. Sobrino, con gran acierto y para evitar malos entendidos, nos dice que no hablemos de misericordia, sino más bien de "Principio-Misericordia". Es muy importante entonces, entender bien de qué se trata, cuál es su estructura.

    En la mentalidad de J. Sobrino, el vivir en una actitud de misericordia, movidos por ese principio, supone tres momentos.

    - Primero: **Interiorizar el sufrimiento de los demás**. **Es decir, dejar entrar en nuestro corazón, en nuestra vida, en nuestras entrañas, el sufrimiento de la gente, interiorizar el sufrimiento ajeno, el sufrimiento d ellos empobrecidos.**

    - Segundo: **Esa interiorización tiene que provocar en nosotros una reacción, un comportamiento activo, comprometido con la transformación de esas realidades y estructuras iinjustas.**

    - Tercero: **Esa reacción tiene sólo una finalidad, erradicar ese sufrimiento, eliminarlo y, al menos en la medida de lo posible, aliviarlo.**

    Es decir: Interiorizar el sufrimiento, que ese sufrimiento provoque en nosotros una reacción y que esa reacción esté totalmente orientada a eliminarlo.

    Se llama Principio porque es un modo de actuar, una manera de ser. En este caso no se trata de tener misericordia del otro, sino que es una manera de vivir en la que el sufrimiento de los demás se convierte, una vez interiorizado, en un principio de actuación que va a configurar y dar un estilo a todo nuestro hacer y a todo nuestro ser.

    J. Sobrino dirá que el principio-Misericordia tiene que afectar todas las dimensiones de la persona, nuestra manera de ver el mundo, nuestra manera de enjuiciar, nuestra manera de vivir la fe, nuestra manera de celebrar, nuestra manera de vivir la esperanza... **TODO.**

    Resumiendo, se trata de captar con el corazón, de dejar entrar en nuestras entrañas el sufrimiento de los demás y hacer de ese sufrimiento el principio conductor de una manera de ser, de una manera de actuar, totalmente orientada a suprimir ese tipo de sufrimiento en el mundo.

    Dios es sólo misericordia

    Para comprender a Dios, y para comprender a Jesús, tenemos que descubrir que Dios se revela siempre como el que actúa movido sólo por el principio-Misericordia. Cristo, el Hijo de Dios encarnado, actúa sólo movido por el pincipio-Misericordia. Ser humano/as, y desde luego ser creyente, es vivir movido por el principio-Misericordia. Esto es lo decisivo.

    La Misericordia no es más que una forma específica de vivir el amor, de vivirlo ante el que sufre. Y vamos a verlo en dos puntos:

    - La Misericordia de Dios: En la tradición bíblica hay un texto central, fundamental, que clarifica toda la historia de Israel. En el Libro del Éxodo Yahvé se presenta a Moisés y le dice estas palabras:

    "Yo he visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a liberarlos".

    La estructura de esta actuación de Dios es la de quien lo hace movido por la misericordia. Dios escucha los gritos de aquel pueblo que sufre, mira, se fija en el sufrimiento, y se decide a intervenir para salvarlo. Aquí vemos cómo Dios interioriza el sufrimiento humano, y ese sufrimiento, captado por el mismo Dios, se convierte en principio de reacción salvadora.

    Lo que aparece en este texto está siempre presente a lo largo de toda la historia bíblica, de toda la historia de la salvación. Dios siempre interviene exigiendo justicia, pidiendo amor, liberando siempre.

    - El Principio-Misericordia en Jesús: Si Dios es así, es normal que en Jesús, hijo de Dios encarnado, se nos revele de forma suprema el principio Misericordia.

    Si lees el Evangelio desde esta perspectiva verás que la misericordia está siempre en la raíz, en el origen de todo lo que vive Jesús; su manera de hablar, su manera de actuar, incluso su ira, están movidas por el amor a las personas que sufren.

    Cuando a Jesús le piden que acredite su condición mesiánica, de enviado de Dios, cuando vienen los discípulos de Juan y le preguntan: "Tú, ¿quién eres?, ¿eres el que ha de venir o hay que esperar a otro?". Jesús no explica, no pone argumentos, no da una clase de teología, sino que dice: "Id a decidle a Juan lo que veis", es decir, los gestos sanadores, que los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios... Lo que les dice es que está acercándose a la gente que sufre y que está tratando de liberarla de ese sufrimiento.

    **¿Cuál es la motivación de Jesús? ¿Por qué reacciona así Jesús ante el sufrimiento? Los evangelistas subrayan que Jesús actúa sólo movido por la misericordia. En el Evangelio aparece un verbo griego, que utiliza sobre todo Marcos, que significa literalmente que a Jesús le temblaban las entrañas. Cuando Jesús veía a alguien sufriendo le temblaban las entrañas, se conmovía, era incapaz de pasar de largo junto a una persona que sufre.**

    Si sigues a Jesús de cerca de lo largo de los evangelios verás que Él ve en el mundo el sufrimiento de los pobres, de los que están más solos, de la masa perdida, de los débiles, de los privados de su dignidad, de los pequeños... esto es lo que le conmueve; este sufrimiento de la gente, captado por sus entrañas, es lo que le hace siempre actuar de forma salvadora, sanadora...

    Jesús no es un hombre que sólo tiene sentimientos o sólo hace obras de misericordia, sino que es un hombre que está movido por el principio-Misericordia.

    Hay algo que es importante que veamos: el mundo tolera, incluso aplaude los gestos de misericordia; si somos buenos y hacemos obras de misericordia a los que sufren, nadie nos va a perseguir, sólo nos van a aplaudir, es fácil incluso que nos den medallas. El problema viene cuando uno como Jesús, no sólo hace obras de misericordia, sino que pone la misericordia como el principio fundamental y la antepone a todo lo demás.

    Verás que Jesús, por suprimir el sufrimiento rompe todo, rompe el sábado, rompe los tabúes, rompe las normas de purificación... Hay un episodio muy significativo en Marcos, 3: Jesús entra en la Sinagoga de Cafarnaún, ve que hay un hombre con la mano paralizada; hay más gente, pero Jesús se fija en él y reacciona, quiere curar a este hombre limitado, aunque aparentemente no sea una limitación grave, y pregunta a la gente si rompe el sábado y lo cura, o lo deja como está y cumple el sábado. Y la gente no sabe qué contestar, por un lado tenían algo de corazón, pero por otro estaba la ley del sábado... Jesús, que está movido por el principio misericordia, al ver el silencio de toda aquella gente de la Sinagoga, les mira apenado por la dureza de su corazón, él es el único que no tiene el corazón endurecido y lo cura.

    Y dice el Evangelio que cuando salieron de la Sinagoga, los fariseos se confabularon con los herodianos contra él para ver cómo eliminarlo. Quieren eliminarlo porque, por hacer algo bueno, por evitar el sufrimiento, Jesús es capaz incluso de romper la ley del sábado.

    La parábola del Buen Samaritano (Lc. 10,27-37)

    Es una parábola verdaderamente revolucionaria, que no se predica y que, desde luego, no queremos entender porque a lo mejor nos quita el sueño, pero es la que nos va a permitir ahora ahondar mucho más en el principio-Misericordia. Nos va a descubrir, con demasiada claridad, por dónde tiene que ir nuestra conversión personal. Empezad a pensar ya en el Jubileo y a ver por dónde tiene que ir el cambio radical de nuestras parroquias y comunidades cristianas.

    - Primero nos encontramos con la pregunta que hace un escriba, y que va a dar pie al relato de la parábola. Está formulada desde una concepción legalista del amor, una concepción que está muy lejos del principio-Misericordia.

    El escriba conoce muy bien la ley, ha leído el Levítico y ha visto que en el capítulo 19 dice: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Y hace a Jesús una pregunta muy normal: ¿Quíen es mi prójimo?, es decir, ¿hasta dónde llega mi obligación de amar?

    Según la concepción judía, el amor es una ley, por lo tanto es una pregunta lógica. El amor es la primera ley, sin duda, pero en cuanto tal, puede tener excepciones y puede ir perdiendo fuerza obligatoria en la medida en que ese prójimo se va alejando y es cada vez menos prójimo, menos próximo. Y los judíos lo tenían muy claro: En primer lugar había que amar a la familia, después al clan, después a la propia tribu, después al pueblo de Israel... los exégetas dicen que es una concepción del amor que va por círculos concéntricos: primero se ama a los cercanos, pero en la medida en que las personas se van alejando de uno, como no son tan prójimos, no son tan próximos, la obligación de amarlos va disminuyendo. En Israel decían que incluso puede llegar el caso de que a los paganos, que están tan alejados, son tan enemigos del pueblo de Yavhe, ya no se tiene obligación de amarlos, sino de odiarlos.

    ¿Pensáis que nosotros creemos algo diferente a esto? Lo que dice el escriba es nuestra manera de vivir; no hemos superado el judaísmo... podemos verlo con estas frases comunes entre nosotros. "La caridad bien entendida empieza por uno mismo..." Desde luego, habrá que entenderla bien. "Bastantes problemas tiene uno en casa como para empezar a resolver los de los demás..." Hoy tenemos que preocuparnos de Europa, del Euro, del Estado de bienestar, de nuestra patria, de nuestro pueblo y... si tenemos tiempo a lo mejor empezamos a pensar en Ruanda. De momento tenemos bastante con pensar en nosotros, en nuestra autonomía...

    - ¿Qué piensa Jesús?. Ante la pregunta del escriba, Jesús responde con una parábola y coloca en el centro del relato a un hombre que no tiene nombre ni apellidos, puede ser de cualquier raza, de cualquier pueblo, de cualquier religión... Da igual, simplemente es un ser humano, pero un ser humano que sufre, que está junto al camino, asaltado, despojado, robado, golpeado, abandonado, medio muerto...

    Lo primero que hace Jesús es presentar un ser humano que sufre, y nos dice que junto a él pasan un sacerdote y un levita, y de los dos dice literalmente lo mismo: "Viene el sacerdote, le vio, vio que sufría, y dio un rodeo..." "Viene un levita, lo vio y dio un rodeo..." No se aproximan, no se hacen prójimos, no les conmueve el sufrimiento de aquel hombre, sino que siguen su propio camino.

    Y llega un samaritano. Es el tercer personaje. (En las parábolas hay que poner atención siempre al tercero...) Y éste era un hombre bueno, que al ver al herido "le vio y tuvo compasión, se conmovió". Se aproximó. El Samaritano ve a aquel hombre que sufre, hace suyo ese sufrimiento, se acerca, se hace próximo, reacciona y hace por él todo lo que puede, cura y venda sus heridas, lo monta en su cabalgadura, lo lleva a una posada, paga los denarios, dice al posadero que continúe cuidándolo que él volverá...

    Y Jesús, después de esta parábola tan sencilla, tan clara, hace una pregunta muy diferente de la que había hecho el escriba y le dice: "Y a ti, ¿quién de estos tres te parece que se hizo próximo, que fue prójimo de aquel que cayó en manos de los salteadores?".

    Os daréis cuenta que el planteamiento de Jesús es muy diferente al del escriba; éste había adoptado una postura legalista: ¿Quién es mi prójimo?, ¿a quién debo amar?, ¿hasta dónde llegan mis obligaciones?

    El planteamiento de Jesús es otro: ¿Quién se ha hecho prójimo de aquel herido?, ¿quién se ha dejado conmover?, ¿quién ha reaccionado haciendo por él todo lo que está en sus manos?

    Y la respuesta del escriba lo resume todo: "El que tuvo misericordia de él". Y Jesús le dice eso tan sencillo que os digo a todos y me digo a mí mismo: "Vete y haz tú lo mismo".

    Es lo único que hay que hacer, lo único. Al final lo que tengo que hacer en la vida es vivir así, con los ojos muy abierto, como el Buen Samaritano, viendo gente herida, dejándome conmover, aproximándome, acercándome y haciendo lo que buenamente pueda.

    La pregunta judía es: ¿A quién debo amar? Cuando uno está preguntándose eso, es que todavía es judío.

    La pregunta cristiana es ¿Quién está sufriendo y necesita que yo me aproxime y haga por él todo lo que pueda?

    No puedo preguntarme hasta dónde llega mi obligación, sino dónde hay gente que sufre y que me necesita cerca.

    Para Jesús ser humano es saber reaccionar con misericordia ante el sufrimiento ajeno.

    Sin misericordia un hombre es poco humano; en la parábola queda deshumanizado el sacerdote y el levita, porque viven dando rodeos ante el sufrimiento, siguen su camino, vienen de la liturgia del templo, van a sus obligaciones... son hombres que no están movidos por el principio de Misericordia. Toda la vida la pasarán así, dando rodeos ante las personas que sufren. Esta manera de vivir, dando rodeos ante el sufrimiento de los demás, es algo muy normal.

    El samaritano es el único humano, porque la misericordia es lo único que humaniza a la persona. Puede haber hombres muy inteligentes, muy trabajadores, muy buenos organizadores, grandes investigadores... lo que queráis, pero en la medida en que en su vida real no estén movidos por la misericordia, en esa misma medida no son humanos; podrán tener valores de un tipo o de otro, pero les falta el principal, el de vivir movidos por el principio Misericordia.

    Hacia una Iglesia samaritana

    Sin duda es evidente que, a finales de este siglo y de este segundo milenio, la Iglesia, y nosotros dentro de ella porque sin nosotros no hay Iglesia, tenemos que releer y bien despacio, la parábola del Buen Samaritano, y sacar consecuencias.

    - El lugar de la Iglesia. Solemos decir que la Iglesia no tiene que vivir encerrada en sí misma, replegada sobre sus propios problemas, sino que su misión está en el mundo, y por lo tanto es ahí donde tiene que estar; y todos sabemos que ésa fue una de las líneas de fuerza que trató de impulsar el Vaticano II. La Iglesia tiene que ser servidora del mundo, tiene que estar en medio del mundo, sin ser del mundo pero para servir al mundo. El Vaticano II lo formula y lo impulsa con toda claridad, pero hay que concretar más.

    Si la Iglesia se deja dinamizar por el principio-Misericordia, si es una Iglesia que quiere ser fiel a Jesús, tiene que estar en el mundo, pero en ese mundo, tiene que estar, más concretamente, allí donde se produce sufrimiento, allí donde se oyen los gritos y clamores de la gente que sufre. La Iglesia tiene que estar donde están las víctimas, los maltratados por la vida o por las injusticias de los hombres. La Iglesia tiene que estar cerca de los que no tienen sitio ni en la sociedad ni en el corazón de las personas.

    J. Sobrino dice que el lugar de la Iglesia es estar junto al herido del camino. Lo que nunca debería hacer la Iglesia es dar rodeos ante los grandes sufrimientos de la humanidad. Lo que nunca deberíamos hacer los curas, ni los levitas, ni los laicos, es dar rodeos. Si algo tiene que hacer la Iglesia en el próximo milenio es tratar de ser más samaritana. Jesús hoy diría a la Iglesia entera: "Ve y haz tú lo mismo", ¿veis cómo ha actuado el samaritano? Pues bien, esto es lo primero que tiene que hacer la Iglesia del tercer milenio.

    - ¿Qué es el principio-Misericordia en la Iglesia? Es verdad que la Iglesia, desde sus orígenes, ha cuidado mucho la misericordia y si ignoráramos esto seríamos injustos con la Iglesia y desconoceríamos la verdadera historia del cristianismo.

    A lo largo de estos dos milenios que ahora terminan la Iglesia ha estado junto a los pobres y junto a los que sufren, tratando de aliviar el dolor y la necesidad cuando la sociedad no tenía recursos ni estructuras para ayudar a los más necesitados. Y vosotros sabéis muy bien que, a lo largo de estos 20 siglos de cristianismo se han visto nacer innumerables congregaciones religiosas, asociaciones, instituciones benéficas, centros asistenciales, hospitales, lugares de acogida… todas las iniciativas a favor de los necesitados. En la preocupación de la Iglesia han estado presentes los enfermos, los vagabundos, los niños abandonados, las mujeres prostitutas, los apestados, los leprosos, los enfermos psíquicos, los peregrinos… Nos sorprendería ver la historia heroica de tantos y tantos cristianos que han gastado su vida dedicados a aliviar el sufrimiento de la humanidad, primero en Europa y después en todo el mundo…

    Sin embargo, por lo general, y ésta es la llamada de alarma que nos hace J. Sobrino, esta Iglesia ha sido una Iglesia que ha practicado la misericordia, que ha hecho obras de misericordia, pero que quizás no ha terminado de asumir la misericordia como principio estructural de todo su actuar. Y el mundo, no sólo tolera al que hace misericordia, sino que le reconoce, le aplaude, porque el mundo alaba la compasión y la misericordia. Lo que a la Iglesia le cuesta, dice J. Sobrino, es asumir la misericordia hasta el final, es decir, asumir la misericordia como principio estructurador de todo y arriesgarse, no sólo a hacer obras de misericordia, sino a luchar, no sólo a curar al herido del camino, sino también a luchar porque los salteadores no vuelvan a herir a nadie.

    Cuando la Iglesia sólo se compromete a hacer obras de misericordia no sufre persecución. La Iglesia se ve amenazada, atacada, perseguida, cuando hace de la misericordia su principio estructural. Y siempre será así. No se si recordaréis que, cuando murió la Madre Teresa de Calcuta, vimos en la T.V. cómo los Ejércitos le rendían homenaje; y sin embargo también recordaréis que a Monseñor Romero lo asesinaron los ejércitos.

    Sin duda que todo es necesario: la entrega total de la Madre Teresa de Calcuta a los moribundos de aquellos barrios, probablemente allí no se puede hacer otra cosa y hay que hacerlo; pero también es necesaria la denuncia arriesgada de Monseñor Romero.

    En la vida todo nos irá diciendo dónde, cómo y qué tenemos que hacer. Lo importante será siempre no dar rodeos ante el sufrimiento humano y mantener siempre la supremacía de la misericordia. Tomar la misericordia en serio, como lo más importante, y escuchar sus exigencias, incluso cuando esa misma misericordia se torne conflictiva.

    Bajar de la cruz a los crucificados

    La obra de J. Sobrino que tiene el título "El principio-misericordia, tiene ese subtítulo: Bajar de la cruz a los pueblos crucificados".

    - La realidad del pueblo crucificado. Esta terminología dice J. Sobrino que la escuchó a Ignacio Ellacuría, quien decía que el verdadero signo de los tiempos es "el pueblo crucificado" allí donde esté; él lo decía así, en singular, porque no se trata de "pueblos", sino de "donde haya un pueblo crucificado".

    Hay muchas clases de sufrimientos, de heridas, de abusos, de injusticias… pero por su magnitud la máxima crueldad que hay en el mundo es la miseria que está llevando a pueblos enteros a una vida indigna y a una muerte prematura. Son los pueblos que llamamos del "Tercer mundo". En este final del segundo milenio es sin duda el verdadero problema. En Medellín se le llamó "la injusticia que clama al cielo".

    La situación de África, abandonada a su suerte, asolada por el Sida que puede diezmarla, asolada por la desnutrición, por los conflictos bélicos sostenidos desde el Primer mundo, es todavía más trágica, y además, en este momento de finales del segundo milenio, estos pueblos se están hundiendo más todavía porque se los está excluyendo del progreso tecnológico y sobre todo informativo y en la actualidad, el que se queda sin información se queda sin voz. Los pueblos que tienen información y poder tecnológico tienen futuro, los demás se hundirán cada vez más. La situación de los migrantes

    Este dato, el más cruel a comienzo del tercer milenio, es lo más evidente y sin embargo en la realidad no nos damos cuenta de ello; hoy lo escuchamos aquí, pero al salir seguiremos haciendo nuestra vida. Solemos hablar del mundo como si hubiera uno sólo, cuando en realidad hay dos mundos. Pero el que nos preocupa, nos interesa, nos importa de verdad es el nuestro; y luego está el otro, el mundo que sobra, que son todos esos pueblos que luchan por sobrevivir del hambre y de la miseria.

    Dice J. Sobrino que hay una humanidad de primera clase –como en los trenes-, que tiene el derecho de vivir en el despilfarro, y hay una humanidad de tercera clase que tiene el deber de morirse de hambre.

    Eso es lo que ha dado de sí hasta ahora la historia de la humanidad; este es, actualmente, el resultado final del progreso humano en el planeta tierra.   Esto es lo que hemos logrado los hombres y las mujeres de la Ilustración, y parece ser que éste es el camino que hay que seguir… Y si vemos la actuación del Fondo Monetario Internacional o del Banco Mundial o de los Siete Grandes, por ahí hay que seguir…

    Así de sencillo, hay que seguir desarrollando sin límite alguno el bienestar de los pueblos privilegiados y hay que seguir olvidando y explotando a los pueblos más débiles e indefensos.

    Y precisamente ahí, en medio de esta situación mundial, al terminar el segundo milenio y empezar el tercero, siguen las grandes religiones hablando de Dios, hablando del encuentro con Dios… Y ahí siguen las diferentes iglesias cristianas predicando a Jesucristo de muchas maneras…

    Y ahí estamos los católicos preparándonos para celebrar el gran Jubileo, para celebrar 2.000 años de un evangelio supuestamente vivo… pero desde luego sin fuerza para generar una solidaridad y una justicia más eficaz entre los pueblos, porque seguimos metidos en nuestras cosas.

    Y ahí es donde llega el grito de los últimos pueblos de la tierra, canalizado a través de J. Sobrino, el lenguaje de la crucifixión.

    Todos sabemos que hay un lenguaje que se utiliza hoy en el Primer mundo para hablar de esa terrible realidad: Hablamos del Tercer mundo, del Sur, de países subdesarrollados, de países en vías de desarrollo… pero ese lenguaje no expresa ni transmite toda la hondura y la crueldad de esa injusticia. Por eso se nos propone otro lenguaje. No vamos a hablar de Tercer mundo ni de pueblos subdesarrollados, sino que vamos a hablar de pueblos crucificados. Con esto, para los cristianos, queremos decir tres cosas.

    - Primero: Hablar de pueblos crucificados expresa ya, con mucho realismo y con mucha objetividad, el hecho, porque hablar de crucifixión es hablar de muerte y eso es lo que se está produciendo en esos pueblos en los que no sólo hay problemas de justicia, abusos, falta de seguridad social, paro, pensiones… que son en realidad nuestros problemas, sino que lo que ahí se está produciendo es muerte, lenta pero real, provocada por la miseria.

    Mientras nosotros vivimos aquí preocupados por la sociedad del bienestar, por el poder adquisitivo de los diferentes salarios, etc., hay pueblos que están siendo conducidos a una muerte prematura y viviendo una vida indigna. Son pueblos que están siendo crucificados.

    - Segundo: El lenguaje de la crucifixión nos recuerda además que la muerte de esos pueblos no es una muerte natural, sino que es una muerte como la de Jesús, porque Jesús no murió, a Jesús no lo dejaron llegar a la jubilación… a Jesús lo mataron y eso es distinto.

    Estos pueblos no sólo están muriendo sino que esa muerte se la están infligiendo injustamente. Cuando hay crucifixión hay víctimas y también verdugos. ¿Quién está crucificando a estos pueblos? Con estos pueblos se está cometiendo una gran injusticia que comenzó ya en el pasado; el problema de la colonización de América, el problema de la esclavitud de los negros en África donde, durante siglos los hombres cultos, los blancos, fueron a cazar negros para utilizarlos como esclavos…, lo que se ha hecho en el pasado con esos pueblos y lo que se está haciendo ahora, porque somos nosotros los que les imponemos nuestra cultura, nuestros sistemas económicos y los que los excluimos de la mesa común, indica que aquí no sólo hay muerte, sino crucifixión, y alguien está crucificado.

    - Tercero: Ese lenguaje tiene una gran importancia para los cristianos, porque nos recuerda, nos evoca a Cristo crucificado. Esos hombres, esas mujeres, esos niños, esos ancianos, son el signo más visible de la presencia del crucificado en el mundo. Nosotros entraremos en los templos y nos pondremos delante del Sagrario para encontrarnos con Cristo, y eso está muy bien, pero el signo más visible de la presencia de Cristo crucificado en el mundo son siempre los que están sufriendo.

  Dice que estos pueblos tienen dos rasgos que no tenemos que olvidar: su inocencia, porque estos pueblos no han hecho nada para merecer la muerte, sólo ser pobres, y esos pueblos no han atacado a nadie, tampoco al Primer mundo. Y su indefensión, porque estos pueblos no pueden defenderse, no pueden evitar esa crucifixión.

    Por eso dice J. Sobrino que estos pueblos son hoy el siervo doliente y son el Cristo crucificado, y si amamos a Cristo tenemos que desvivirnos para bajarlo de la cruz, es decir, para suprimir el sufrimiento.

    Aquí entramos ya en el punto de la compasión en la vida cotidiana. Evidentemente al hablar del Principio-Misericordia, en primer lugar tienen que estar los pueblos crucificados y aquí en Europa hay que gritar que el verdadero progreso no consiste en desarrollar sin límite alguno el bienestar nuestro, el de los privilegiados, y seguir olvidando a esos pueblos.

    En el día a día nos vamos encontrando con heridos en nuestro camino.. Pues bien, en el centro de nuestras comunidades hay que poner la miseria, hay que poner al pobre, hay que poner el servicio al pobre… y eso significa detectar bien el sufrimiento en aquella barriada y promover gestos, iniciativas, posicionamientos, denuncias, que nos vayan sensibilizando, que nos vayan complicando la vida, que nos vayan implicando en los problemas.

    No se trata de organizar cafés, estructuras de asistencia, que también, por supuesto, sino que se trata además, de estar cerca de las personas. En este momento muchas personas necesitan ayuda, evidentemente, pero también necesitan amistad, cercanía… estar cerca de las personas que sufren, acompañarlas en sus problemas, defenderlas de los abusos e injusticias que padecen, hacerles más sitio en la parroquia… Es decir, los cristianos y la parroquia tenemos que estar donde se está sufriendo.

    Una Iglesia samaritana se hace denunciando injusticias, se hace siendo gratuitos, haciendo lo que puedas hacer por los últimos, a veces con mucha sencillez, con medios pobres, pero haciendo lo que podemos.

    En definitiva, la gran llamada que se nos hace desde estos pueblos, es que pongamos el Principio-Misericordia en nuestra vida, y que pongamos la misericordia en el centro de nuestras comunidades cristianas. El próximo año se celebrará el Jubileo, haremos peregrinaciones, se ganarán indulgencias, se harán muchas cosas, pero la primera llamada que se hace a la Iglesia al entrar en un nuevo periodo, es la de ser samaritana, y creo que tendríamos que escuchar las palabras de Jesús: "haz tú lo mismo".

Misericordia viene de *misere cor* , que el corazón está con el miserable

**¿Hasta dónde nos puede llevar hoy el que el Principio Misericordia conmueva nuestras entrañas y despierte aún más fuertemente nuestro ahínco misionero como familia religiosa? ¿cómo desde nuestro servicio de autoridad podemos motivar, acoger este compromiso? Por experiencia sé que en este servicio nos coopta el diario vivir, las relaciones comunitarias, el envejecimiento de nuestras comunidades. ¿Cómo promover en la cultura del Encuentro que nos anima P. Francisco que se haga cada vez más suerte y real nuestro compromiso con el miserable, el empobrecido y seamos movidas a misericordía?**